

agradecer también la nota bibliográfica que acompaña al estudio de cada autor, mucho más práctica que la simple inclusión de una Bibliografía general al final del libro.

El método expositivo es diáfano; el autor señala los puntos discutidos (autenticidad, cronología...) decantándose por la opinión que le parece más probable. Puede señalarse la defensa de la autoría de las siete cartas de San Ignacio de Antioquía (m.a. 108) mencionadas por Eusebio de Cesarea, opinión generalizada pero no unánime, al tiempo que señala algunas «primicias» contenidas en estos escritos, como son la primera mención de *nihil sine episcopo*, y de la expresión «Iglesia Católica» y el reconocimiento del Primado de Roma.

Respecto a la cronología de la génesis de la pseudo-correspondencia entre San Pablo y Séneca (p. 100) parece probable que deba situarse ya en el s. IV; es San Jerónimo el primero que menciona la existencia de este *corpus* epistolar y su extensa difusión. En cuanto a la causa que le dio origen, quizá debería haberse señalado la opinión que hoy se perfila como más acertada: probablemente se trata de un ejercicio de escuela en el que se fingen actuaciones de personajes famosos. Ese ambiente escolar explicaría bien el hecho de que, pasados los siglos, Alcuino dedicara un ejemplar de este repertorio a su discípulo Carlomagno.

Una pequeña errata que se ha introducido en la p. 130 puede despertar dudas acerca del nombre del procónsul de Africa que presidió el proceso de San Cipriano; se llamaba Galerio Máximo (no Valerio) y gobernó sólo tres meses aquella provincia (*PIR2* G 28).

La nitidez expositiva, la seriedad del estudio y la agilidad del estilo hacen pensar que este nuevo Manual de la colección que publica la Facultad de Teología prestará sin duda buenos servicios no sólo a los estudiantes de dicha disciplina, sino a los estudiosos interesados en la apasionante historia de los primeros siglos del Cristianismo.

Carmen CASTILLO

Dindo Rei M. TESORO y José J. ALVIAR, *The rise of Filipino Theology*, Paulines, Pasay City 2004, 276 pp., 15 x 22, ISBN 971-590-496-3.

He aquí una de las más importantes monografías que se han publicado sobre la Teología filipina en los últimos años. Sus autores son el Doctor en Teología Dindo Tesoro, sacerdote de la archidiócesis de Jaro, y el Profesor José J. Alviar, docente de Teología Dogmática en la Facultad de Teología de la Uni-

versidad de Navarra. El Doctor Tesoro es actualmente Presidente de la Comisión de Catequesis y Educación católica de su archidiócesis.

Puede decirse que este ensayo histórico-doctrinal es por el momento la única exposición de conjunto sobre la realidad teológica filipina, rica en autores, obras, corrientes y centros de docencia e investigación. Abundan los estudios sectoriales sobre cristología, pastoral, inculturación, aspectos históricos, catequesis, etc. Pero no existía hasta ahora un texto detallado valorativo y global sobre el quehacer teológico filipino y sus protagonistas.

La obra se distribuye en seis capítulos: 1. Introducción. La aparición de la Teología filipina; 2. La Teología filipina en sus instituciones; 3. Autores y obras representativas; 4. Contenidos de la Teología filipina (I): método, Dios, y el hombre; 5. Id. (II): Jesucristo, la Iglesia Moral; 6. Ensayo conclusivo: el futuro de la Teología filipina.

La actividad teológica propiamente dicha es en Filipinas relativamente reciente. La década de los años setenta puede ser considerada como su punto de inflexión, y la celebración del Concilio Vaticano II (1962-1965) como la fuerza impulsora más importante. Llama la atención que un impulso teológico joven haya producido en poco tiempo un rico florecimiento de iniciativas, autores y obras.

Las páginas iniciales del ensayo contienen útiles y orientadoras aclaraciones de los dos autores sobre el sentido de la expresión «teología filipina». Explican que no se refiere a una teología hecha en suelo filipino, o sólo por teólogos filipinos, o destinada a un público exclusivamente filipino. Contiene sin duda algo o mucho de estos aspectos. Pero la «teología filipina», tal como la entienden nuestros dos autores, y otros con ellos, quiere ser una reflexión cristiana con rasgos propios, con una atención a lo universal del Evangelio como fe pensada, y también a la idiosincrasia local y particular de lo filipino, en su realidad anímica, geográfica e histórica. En la página 25 se define la «teología filipina» como «una reflexión sobre el misterio de Dios, iluminada por la fe e impregnada por la herencia cultural filipina», o bien «un modo específico de entender la Revelación, basado en categorías de pensamiento, estructuras mentales y vocabulario derivados del medio filipino y adecuadamente purificados».

Se trata de la descripción de un modo de pensar y actuar teológicos y de un programa de acción intelectual y pastoral cristiana, que sólo con el tiempo podrán dar razón de sus frutos. Pero en cualquier caso estamos ante un fenómeno eclesial arriesgado que ha comenzado a realizarse, en el que las luces son mucho más poderosas y decisivas que las sombras. En Filipinas se lleva a cabo

probablemente uno de los intentos más hondos y masivos de inculturación del Evangelio de todos los que tienen lugar actualmente en la Iglesia.

Esta inculturación afecta a la formulación de las doctrinas cristianas, especialmente en cristología y eclesiología; a la pastoral del Evangelio, en unas comunidades que han experimentado sucesivamente, y retenido en gran medida, el impacto de las culturas española, norteamericana, y autóctona; y al campo litúrgico, en el que la *lex orandi* viene impregnada de piedad popular y de modos propios vinculados a los ritos. Estas circunstancias han fermentado, por así decirlo, bajo la influencia de los impulsos conciliares, y aunque la Iglesia filipina no gozó inmediatamente de un posconcilio activo, se hizo sensible relativamente pronto a la dinámica conciliar y se ha convertido en un extenso terreno de experimentación eclesial.

La presente obra da razón de este proceso y lo hace con una excelente arquitectura y gran atención al detalle. No contiene sólo una exposición meramente narrativa, sino también valoraciones respetuosas y puntualizadoras que hacen muy útil la lectura. Los autores ofrecen breves síntesis de lo expuesto, que dan lugar a oportunas reflexiones de fondo y a interpretaciones de datos que siempre resultan de interés.

La teología filipina viene caracterizada en suma como una reflexión universal y autóctona a la vez que prefiere metodológicamente el diálogo a la polémica y la integración al exclusivismo; trata de contemplar los misterios de la fe cristiana bajo una perspectiva personalista y relacional; acentúa la comunión en sus aspectos eclesiales, morales y sociales; y desea mover al compromiso cristiano y a la acción evangélica. Se trata de un bello y ambicioso programa, que dada su amplitud de miras no podrá ser realizado plenamente en ningún espacio de la Iglesia visible. Pero basta una conciencia clara de las metas propuestas para que se cumpla en alguna medida, lo cual sería ya suficiente para que la Iglesia filipina continuara felizmente la tarea cristiana que le corresponde en las naciones de Asia.

José MORALES